

Tipos de mentes, tipos de animales

Laura Danón

Tradicionalmente los filósofos han defendido, con diferencias de matices y por razones diversas, el carácter *excepcional* de los seres humanos y la existencia de una distinción nítida, de todo-o-nada, entre ellos y el resto de los animales. Tal tesis suele apoyarse en la atribución a los humanos de algún rasgo —o de un conjunto de ellos— que se pretende exclusivo de su especie: el lenguaje simbólico, el pensamiento conceptual, la cultura, la construcción y empleo de herramientas, la racionalidad, la moralidad, el libre albedrío, la habilidad para leer otras mentes, etc.

En tiempos recientes, esta perspectiva ha recibido cuestionamientos, más o menos vigorosos, tanto por parte de investigaciones empíricas provenientes de distintas disciplinas científicas —entre las que cabe mencionar a la etología cognitiva, la psicología comparada y la psicología evolutiva— como por ciertos desarrollos filosóficos de corte naturalista. Tales enfoques buscan situar aquellas capacidades que la tradición considera exclusivas de la especie humana en un marco natural, procurando establecer líneas de contigüidad entre éstas, y aquellas capacidades o destrezas presentes en otras especies. Así, distintos investigadores han señalado la existencia de formas primitivas e insospechadas de moralidad, cultura, racionalidad, lectura de mentes y comunicación, en distintas especies de animales no humanos¹.

¹ En relación con los orígenes de la cultura y la moralidad ver los libros de Frans De Waal: *El bien natural: los orígenes del bien y el mal en los humanos y otros animales*, Herder, Barcelona 1997; *El simio y el aprendiz de Sushi*, Paidós, Barcelona, 2002; *Primates y filósofos: la evolución de la moral del simio al hombre* Paidós, Barcelona, 2007. En torno a la racionalidad en animales no humanos ver Hurles, S., y Nudds, M., *Rational Animals?* Oxford University Press, Oxford, 2006. La lectura de mente y las formas de comunicación de animales no humanos serán abordadas nuevamente, con su bibliografía correspondiente, en el curso de este trabajo.

Esto no supone ignorar los rasgos distintivos de la especie humana. Resulta difícil negar que los humanos somos capaces de formas de pensamiento, cultura, comunicación y racionalidad particularmente ricas y complejas, ausentes en el resto de las especies. Atender a la historia evolutiva de tales competencias y a los modos –a menudo más simples o rudimentarios en los que se presentan en otras especies, puede, sin embargo, profundizar nuestra comprensión de nosotros mismos, al menos en dos sentidos. Por una parte, puede recordarnos nuestro parentesco con los animales no humanos, ayudándonos a situar las habilidades y rasgos distintivos de nuestra especie dentro de un marco más amplio a partir del cual habrían evolucionado. Pero, además, porque puede permitirnos reconocer en nosotros la existencia de variedades de pensamiento, de cognición, de aprendizaje, de comunicación y de razonamiento menos sofisticadas, menos intelectuales, que la filosofía tradicional ha pasado por alto: variedades que compartimos con otras especies.

Situándome en un marco filosófico naturalista, en lo que sigue procuraré abordar la pregunta por la existencia de mentes y capacidades cognitivas en animales no humanos. En particular, intentaré dar plausibilidad teórica a la idea de que tal interrogante requiere una respuesta gradualista, y de que es posible hallar distintos “niveles” de mente, intencionalidad y cognición –producto del proceso evolutivo– presentes en animales humanos y no humanos. Para ello, procuraré examinar, evaluar y discutir, algunas ideas de Daniel Dennett acerca de los “tipos de mentes” que es posible detectar si dirigimos la mirada más allá de los límites de la propia especie.

En distintas ocasiones, Daniel Dennett ha delineado una estructura –altamente simplificada e idealizada– destinada a representar de modo sinóptico los distintos niveles evolutivos de inteligencia, capacidad para resolver problemas adaptativos y poder cognitivo que presentan distintas especies de animales (y otros organismos biológicos)². En términos metafóricos, se refiere a la misma como “la torre de la generación y la

² Dennett, D., *Darwin's Dangerous Idea*, Simon & Schuster, New York, 1995 y Dennett, D., *Tipos de mentes*, Debate, Barcelona, 2000.

prueba”³. El edificio denettiano consta de cuatro niveles, cada uno más restrictivo que el anterior, en cuya cumbre se sitúan como habitantes únicos los seres humanos. En las páginas que siguen, procuraré describir con algún detalle los distintos pisos del edificio denettiano, presentaré los rasgos centrales que presentan sus habitantes, e ilustraré tal caracterización general mediante algunos ejemplos empíricos provenientes del acervo de los etólogos cognitivos. Finalmente, pese a considerar que Dennett nos ha proporcionado un marco global fructífero para comprender e integrar distintos desarrollos empíricos y filosóficos en torno al problema de las mentes de los animales humanos y no humanos, señalaré algunos aspectos puntuales del mismo que merecen una mayor discusión.

Los pisos inferiores: criaturas darwineanas y skinnerianas

En la base de la torre denettiana —el nivel más bajo posible de inteligencia— nos encontramos con aquellos organismos que son producto de la evolución por selección natural (es decir, *todos* los organismos biológicos: el piso inferior es incluyente). De acuerdo con el bien conocido relato darwineano, la evolución dio lugar a la generación de una gran variedad de organismos como resultado de procesos azarosos de mutación y recombinación de genes. Enfrentados posteriormente a las duras pruebas de sus entornos naturales, sólo sobrevivieron aquellos organismos que por azar habían obtenido los rasgos que permitían una mejor adaptación al medio. Llamamos a los habitantes de este primer nivel *criaturas darwineanas*.

En los casos más simples, la única capacidad de estas criaturas es la de reproducirse a sí mismos. En otros casos, en cambio, encontramos animales darwineanos dotados de órganos sensoriales y capaces de atender

³ Aunque esta estructura nos brinda un ordenamiento de los “tipos de inteligencia” que puede resultar heurísticamente fructífero y esclarecedor, debido a su carácter altamente idealizado y abstracto, el mismo no pretende representar períodos concretos y definidos de la historia evolutiva. Por el contrario, según señala Dennett: “...no hay duda que tales pasos los dieron diferentes linajes de manera no uniforme y solapándose unos con otros”. Dennett, D., *Tipos de mentes*, p. 103.

selectivamente a distintos aspectos de su entorno⁴. Aunque en ocasiones estas criaturas ejecutan cadenas de comportamientos relativamente complejos ante determinados estímulos, éstas no son más que respuestas fijas, rígidas y automáticas, que dependen enteramente de su programación genética. No hay en ellas posibilidad alguna de corrección, perfeccionamiento o aprendizaje.

Un ejemplo curioso de tales patrones conductuales nos lo proporciona la avispa *Sphex*. Con la finalidad de alimentar a su cría, la avispa madre cava un hueco en la arena, busca una oruga, la anestesia con una picadura, la arrastra hacia el hueco, chequea que todo esté en orden en el interior de este último, empuja la oruga dentro del hueco, pone sus huevos allí y cubre la oruga con arena. Tal comportamiento permite que, posteriormente, cuando nazcan las larvas, puedan tomar a la oruga paralizada como alimento. La cadena conductual de la avispa es, sin duda, compleja y resulta altamente adaptativa. Pero, si alguna modificación del entorno altera esta secuencia —por ejemplo, si algún experimentador aleja la oruga unos centímetros mientras la avispa revisa el hueco— ésta vuelve a repetir rígidamente la secuencia descrita anteriormente. No es capaz, por lo tanto, de modificar el programa ante tales variaciones circunstanciales, lo cual constituye, sin duda, una desventaja importante⁵. Vemos así que los animales darwinianos, cuyo repertorio conductual se circunscribe a respuestas de este tipo, son incapaces de adaptar sus patrones de comportamiento a las circunstancias cambiantes del entorno.

En el siguiente nivel encontramos criaturas dotadas de cierta capacidad de aprendizaje a partir de la experiencia que, como consecuencia de ello, constan de mayor flexibilidad conductual. A diferencia de las criaturas darwinianas, los patrones conductuales de los habitantes del segundo nivel no están diseñados por completo en el momento de su nacimiento, sino que pueden modificarse con posterioridad en función de los resultados provistos por sus interacciones con el entorno. Tales ajustes pueden describirse en los términos propuestos por los psicólogos conductistas en el siglo XX: el

⁴ Cf. Gärdenfors, P., *How homo became sapiens*, Oxford University Press, New York, 2007.

⁵ Cf. Gärdenfors, P., *How homo became sapiens*, p. 19.

organismo despliega un espectro de conductas, algunas de las cuales son reforzadas por el entorno; esto es, como consecuencia de tales conductas el organismo recibe un estímulo “positivo”, o se reduce o elimina la presencia de un estímulo negativo. En cualquiera de los dos casos, las conductas que han dado lugar a tales cambios benéficos para el organismo tendrán mayor probabilidad de repetirse en el futuro que los comportamientos no exitosos.

Dennett ha bautizado a estas criaturas como *animales skinnerianos*, precisamente en honor al psicólogo B. F. Skinner. Los animales skinnerianos, capaces de aprender por ensayo y error, cuentan con mejores posibilidades adaptativas para enfrentar los cambios de su entorno, especialmente si éste es dinámico y variable⁶. Caber subrayar, sin embargo, que el aprendizaje por ensayo y error también presenta desventajas considerables. En primer lugar, consume tiempo, pues con frecuencia estas criaturas deben poner a prueba muchas acciones alternativas antes de hallar una que funcione. En segundo lugar, constituye una estrategia peligrosa: pues si la acción que se realiza a modo de ensayo fracasa, puede suponer un daño, o incluso la muerte de la criatura involucrada⁷.

Por otra parte, aún cuando este tipo de aprendizaje permite esculpir competencias discriminatorias sutiles y poderosas, éstas se encuentran “ancladas” o “encarnadas” en los tejidos específicos del sistema, razón por la cual no pueden ser “manipuladas”, ni “transportadas” con el fin de aplicarlas a ámbitos y problemas diferentes de aquellos en los que se produjo el proceso inicial de aprendizaje. El sistema, por lo tanto, posee cierto conocimiento, pero no puede hacer uso flexible y versátil del mismo en situaciones diversas⁸.

Pese a los méritos del conductismo para revelarnos formas básicas de aprendizaje presentes en distintos animales, las investigaciones recientes indican que no son tantas las criaturas a las que cabe calificar como mera-

⁶ Dennett denomina este tipo de aprendizaje “ABC”, sigla que recupera las iniciales de las tres corrientes teóricas que nos han provisto de las herramientas para su comprensión teórica: el asociacionismo de los empiristas británicos, el conductismo psicológico (behaviorism) y los desarrollos recientes del conexionismo en inteligencia artificial.

⁷ Cf. Gärdenfors, P., *How homo became sapiens*, p. 55.

⁸ Cf. Dennett, D., *Tipos de mentes*, p. 155.

mente *skinnerianas*. A lo sumo, las criaturas cuya forma más sofisticada de inteligencia se reduce al aprendizaje por ensayo y error han de buscarse entre los invertebrados sencillos. Aunque con diferencias entre sí, otras especies —como los pulpos, pájaros y mamíferos— parecen situarse en cambio, en el nivel siguiente: el de las criaturas capaces de representar internamente el mundo que las rodea⁹.

El surgimiento del mundo interno: lo animales popperianos

El tercer piso de la torre de la generación y la prueba está habitado por las *criaturas popperianas*. A diferencia de los animales skinnerianos, que actúan por ensayo y error, y sólo sobreviven si tienen la fortuna de realizar un primer movimiento acertado, las criaturas popperianas son capaces de llevar a cabo una selección previa entre distintas respuestas posibles, descartando antes de actuar las conductas más peligrosas o las menos inteligentes¹⁰.

Esta pre-selección tiene lugar gracias a que los animales popperianos poseen un entorno interno que les permite representar lo que ocurre en el medio que los rodea. En este mundo interno, la criatura puede llevar a cabo algunas pruebas, simulando acciones posibles y eligiendo como resultado de tales “experimentos mentales” aquellos comportamientos que, por lo general, comportarán consecuencias beneficiosas al ejecutarse en el mundo real. Sin duda, esta nueva estrategia es más segura para el agente, pues le permite elegir las estrategias más ventajosas y descartar las más peligrosas *en su mente*, antes de ponerlas a prueba efectivamente en el mundo. Parafraseando a Popper, estas criaturas permiten *que sus hipótesis mueran por ellos*¹¹.

⁹ Dennett, D, *Tipos de mente*, pp. 113 y 114 y Gärdenfors, P., *How homo became sapiens*, p. 56

¹⁰ En casos básicos, la criatura puede usar las reacciones del propio cuerpo (mareos, temblores, palpitaciones, etc.), como indicadores de la (in)conveniencia de realizar una determinada acción.

¹¹ De acuerdo con Ruth Millikan las criaturas popperianas poseen la capacidad para “pensar hipotéticamente, considerando posibilidades sin creerlas, ni proponérselas plenamente” (Millikan, R, “Styles of Rationality” en Hurler, S. y Nudds, M., (Eds.), *Rational Animals?*, Oxford University Press, Oxford, 2006, p. 118). Tal capacidad para llevar a cabo pruebas por ensayo y error en el pensamiento constituyen una forma básica de razonamiento, previa a (e independiente de) el dominio de un lenguaje.

Para lograr tal fin, nuestras representaciones internas han de portar información relevante sobre los efectos de nuestras posibles acciones, de modo tal que nuestras “pruebas internas” nos permita anticipar de modo fiable cuáles serán sus resultados. Dennett nos advierte, sin embargo, que el mundo interno no necesita ser una réplica literal del mundo exterior, que represente todas las contingencias físicas que tienen lugar en él. Para llevar a cabo su tarea, nuestras representaciones internas deben proveernos la información apropiada, pero no necesitan constituir una copia especular del mundo que modelan.

Adoptando la terminología propuesta por Peter Gärdenfors, cabe añadir que las representaciones que conforman el mundo interno de las criaturas popperianas son de carácter *mediato*¹². Esto es, son representaciones que permiten a los animales popperianos pensar (en un sentido mínimo del término) en los objetos ausentes, estableciendo cierta *distancia* entre los estímulos del entorno y sus respuestas conductuales¹³. Así, un gato que persigue a un ratón que se esconde tras una cortina puede continuar rastreándolo en su ausencia y anticipar el lugar de su futura reaparición¹⁴. Los perros,

¹² Gärdenfors distingue entre representaciones *inmediatas* y representaciones *mediatas* (en inglés “cued” y “detached” respectivamente). Las primeras, involucradas en la percepción, refieren a algo que se encuentra presente en el entorno inmediato de la criatura. Las segundas, en cambio, son aquellas que la criatura puede emplear para representar objetos ausentes. Cf. Gärdenfors, P., *Op. Cit.*, p. 50.

¹³ No todos los autores parecen compartir, sin embargo, esta caracterización de las representaciones que emplean las criaturas popperianas. Ruth Millikan y, en muchas ocasiones, Daniel Dennett, suelen mencionar como ejemplos paradigmáticos de criaturas popperianas a animales que emplean representaciones perceptuales –que Gärdenfors considera inmediatas– para llevar a cabo sus “pruebas mentales” por ensayo y error. Las diferencias entre estos autores podrían minimizarse, creo, si aceptamos que la distinción entre representaciones mediatas e inmediatas es, como tantas otras, de carácter gradual.

¹⁴ Estamos aquí ante lo que Piaget llamó “permanencia de objeto”: una habilidad compleja que los niños adquieren a lo largo de un proceso evolutivo que culmina aproximadamente a los dos años. Todos los monos estudiados hasta el momento pasan por las mismas etapas y alcanzan el mismo nivel de desarrollo de la “permanencia de objeto” que los niños humanos. Los gatos y perros también alcanzan el último nivel de desarrollo, pero siguiendo una secuencia evolutiva algo diferente. Cf. Gomez, C. J., *Apes, Monkeys, Children and the Growth of Mind*, Harvard University Press, 2004, p. 69.

gorilas, chimpancés y orangutanes muestran capacidades similares para recuperar un objeto que se esconde ante su mirada, o para rastrear su desplazamiento cuando este pasa por detrás de un objeto opaco. Tales habilidades para representar y rastrear los objetos ausentes permiten a la criatura popperiana una mejor pre-visión y adaptación a los sucesos futuros.

Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que hay distintos tipos de representaciones mediatas, que permiten diversos grados de distanciamiento respecto del entorno. En un sentido mínimo, una criatura puede poseer y manipular representaciones que *dependen de su referente externo*, aún cuando éste no se encuentre presente en el momento. La constitución de tales representaciones depende de que la criatura haya mantenido cierta interacción con el objeto, propiedad o suceso representado, aunque posteriormente pueda seguirlas empleando en ausencia del mismo. Más radical, en cambio, es el distanciamiento que se vuelve posible cuando la criatura puede, además, formar representaciones *independientes de cualquier referente externo*, representaciones de objetos y eventos que nunca ha experimentado de modo directo, por hallarse muy lejos en el tiempo o en el espacio, o por ser de carácter ficticio o imaginario.

Siguiendo a Gärdenfors se puede atribuir a los animales popperianos un repertorio más o menos nutrido de representaciones mediatas dependientes del referente externo. Esto les brinda cierta capacidad de planificación, pues el agente puede representarse: a) su situación actual, b) su objetivo futuro y c) la acción que, por sus consecuencias, le permitirá alcanzar tal objetivo¹⁵. Sin embargo, los animales popperianos sólo pueden planificar cómo satisfacer sus objetivos actuales e inmediatos (si tienen hambre pueden preparar una herramienta para conseguir comida, etc.). Es preciso ascender a un nivel representacional y cognitivo superior para poder representarse deseos, objetivos y necesidades potenciales o futuros, y planificar de modo anticipado el modo de satisfacción de los mismos. Aparentemente, sólo los humanos cuentan con este tipo de habilidades más sofisticadas.

Cabe añadir que, según señala Gärdenfors, las criaturas popperianas

¹⁵ Cf. Gärdenfors, P., *Op. Cit.*, p. 70.

sólo pueden construir y enriquecer su mundo interno a través de sus experiencias e interacciones individuales con el entorno, incluyendo como parte de tales experiencias los juegos de los primates y mamíferos que les permiten aprender acerca de las consecuencias de sus acciones, amparados en la seguridad del “como si”. No pueden, en cambio, aprender sirviéndose de las representaciones almacenadas en los mundos internos ajenos. Son incapaces, según señala Dennett, “de compartir notas”, o de comunicar sus modos de ver el mundo.

El reino de las criaturas popperianas es extenso: mamíferos y pájaros, reptiles, anfibios, peces e incluso muchos invertebrados, son capaces de almacenar información y emplearla para evaluar sus opciones de conducta antes de actuar en el mundo real. Esta capacidad se manifiesta en una mayor flexibilidad conductual y mayor rapidez en el aprendizaje que la que caracteriza a las criaturas skinnerianas y en algunos casos da lugar, además, a la capacidad para rastrear objetos ausentes, para planificar el modo de satisfacer los objetivos actuales, etc.

En este apartado he caracterizado los tres primeros niveles de la torre dennettiana partiendo de las criaturas cuya “inteligencia” se limita a la posesión de patrones pre-programados para realizar conductas adaptativas, pasando por aquellas que cuentan con cierta plasticidad y con capacidades rudimentarias para aprender de sus interacciones con el entorno, hasta llegar a los animales logran –en grados diversos– representarse el mundo que los rodea, distanciarse de los estímulos, pensar en los objetos ausentes e incluso realizar, en algunos casos, proezas cognitivas tales como la planificación, la construcción de herramientas, la coordinación de conductas cooperativas, etc. Es claro que al ascender de niveles vemos aparecer de modo paulatino distintos ingredientes –la flexibilidad conductual, la capacidad representacional, la distancia del entorno, la anticipación de sucesos futuros – que suelen formar parte, siquiera de modo tácito e irreflexivo, de nuestra concepción ordinaria de “mente”. Hasta aquí, la visita a la torre dennettiana nos muestra un primer modo esquemático de entender y ordenar las múltiples formas de inteligencia adaptativa, habilidades cognitivas y vida mental que presentan las distintas especies animales. Tanto Dennett como Gärdenfors coinciden, sin embargo, en que hay diferencias llamativas entre las

mentes humanas y los sistemas más modestos que hemos examinado. De allí que ubiquen a los humanos como habitantes exclusivos del nivel cognitivo más elevado que aún resta visitar: el nivel de las criaturas gregorianas.

Animales gregorianos

Hemos ascendido, finalmente, al nivel más elevado de la torre de la generación y la prueba. De acuerdo con la caracterización que ofrece Dennett, aquí se ubican los humanos, capaces de complementar y potenciar sus capacidades representacionales y cognitivas mediante la adquisición y el empleo de herramientas mentales, entre las cuales se cuentan distintos tipos de dispositivos, trucos y estrategias culturalmente transmitidos¹⁶. Tal como ha señalado el psicólogo Richard Gregory, tales herramientas no sólo constituyen una exhibición de inteligencia, sino que *confieren* inteligencia a sus usuarios, pues se entretajan con sus destrezas y habilidades previas extendiéndolas, amplificándolas y enriqueciéndolas.

Entre las herramientas mentales que potencian la inteligencia de las criaturas gregorianas se destacan especialmente las palabras. La adquisición de un lenguaje comporta cambios cognitivos profundos y de amplio alcance. Las palabras funcionan como “rótulos” o “marcas” que pueden almacenarse, memorizarse, criticarse y compartirse. Con ayuda de tales etiquetas nuestras representaciones mentales del entorno —antes implícitas— se vuelven ahora “objetos por derecho propio: cosas que se pueden manipular, rastrear, mover, atesorar alinear, estudiar, volver del revés y, además, ajustar y explorar”¹⁷. De este modo, el lenguaje convierte nues-

¹⁶ El que las palabras constituyan el ejemplo privilegiado de “herramienta mental” nos muestra que, con este término, Dennett no está haciendo referencia a dispositivos internos o no-materiales, sino a herramientas que tienen un impacto sobre nuestras capacidades cognitivas ayudándonos no sólo a actuar, sino también a pensar de otra manera. Cabe notar, sin embargo, que al entenderlas de este modo se diluye la diferencia entre las herramientas mentales y el resto de las herramientas, pues cualquier artefacto cultural que nos sirva para la resolución de problema parece modificar, siquiera en un sentido mínimo, nuestra inteligencia.

¹⁷ Dennett, D., *Tipos de mentes*, p. 169.

tras representaciones en objetos estables que podemos someter a manipulaciones cognitivas análogas a las que realizamos con los objetos externos, adquiriendo la habilidad para *pensar acerca de nuestros pensamientos*, esto es, para volvernos de manera reflexiva y deliberada sobre nuestras representaciones. Esto posibilita el desarrollo de la auto-conciencia y mejora tanto nuestra capacidad para monitorear, revisar y rediseñar nuestro desempeño conductual y cognitivo, como nuestras posibilidades para almacenar, organizar y recombinar información. Además, al percatarse de que ciertas cosas pueden emplearse para representar otras, las *criaturas gregorianas* se vuelven capaces de elaborar de manera explícita distintos tipos de artefactos y prácticas culturales de carácter representacional explícito tales como: normas y leyes, juegos sociales, prácticas educativas, etc.¹⁸.

Por otra parte, mediante la construcción de distintos artefactos y dispositivos externos, las criaturas gregorianas pueden “depositar” en su entorno buena parte de la carga cognitiva que supone almacenar, procesar y representar información, superando las limitaciones de sus cerebros animales —no mucho mayores que los de ciertas criaturas popperianas— y aumentando su potencialidad cognitiva. De este modo, las mentes de los animales gregorianos se extienden —y se ven complementadas por— cuadernos, mapas, bibliotecas, agendas, computadoras, filmadoras, cámaras fotográficas, etc.

En términos de Dennett:

Nosotros, criaturas gregorianas, somos los beneficiarios, literalmente, de miles de tecnologías útiles de ese tipo, inventadas por otros en borrosos rincones recónditos de la prehistoria o de la historia pero transmitidas mediante autopistas culturales, y mediante los caminos genéticos de la herencia. Gracias a nuestra herencia cultural aprendemos cómo extender por el mundo nuestra mente, un mundo en el que podemos utilizar de la mejor manera posible nuestras habilidades innatas de rastreo y de reconocimiento de pautas tan bellamente diseñadas¹⁹.

¹⁸ Clark, A., “Minds, Brains and Tools” en Clapin, H. (Ed.), *Philosophy of Mental Representation*, Oxford University Press, 2002.

¹⁹ Dennett, D., *Tipos de mentes*, pp. 165-6.

Resta señalar que, para poder apropiarse de las distintas herramientas mentales, las criaturas gregorianas han de extraerlas del medio social y cultural en el cual residen. Dicho de otro modo, los animales gregorianos han de ser capaces de amoblar sus mundos internos con representaciones, conocimientos y habilidades, obtenidos no sólo a partir de los propios juegos y experiencias, sino también a partir de las experiencias y conocimientos ajenos. Pero, para ello, han de ser capaces de *copiar* parte de los mundos internos ajenos²⁰. Ahora bien, esta posibilidad de acceder a los mundos internos ajenos y adquirir, de este modo, conocimientos, trucos, habilidades y herramientas que no hemos tenido que desarrollar por nosotros mismos, sólo es posible para aquellas criaturas que se encuentran inmersas en una cultura, poseen capacidades comunicativas (lingüísticas) sofisticadas que les permiten compartir conocimientos con los demás, y son capaces de leer las mentes ajenas interpretando sus objetivos, intenciones, percepciones, creencias, etc.

En síntesis: para esta perspectiva los humanos son animales gregorianos, que se diferencian nítidamente del resto de los animales debido a que: “cada cerebro humano, gracias a sus vínculos comunicativos, es el beneficiario de las labores cognitivas de los otros de un modo que le brinda poderes sin precedente”²¹.

¿Qué nos diferencia de los otros animales? Algunos cuestionamientos a “la torre de la generación y la prueba”

Pese a su carácter esquemático, la estructura general que hemos delineado en las páginas anteriores parece contar con diversas virtudes. En primer lugar, nos proporciona un marco preliminar desde el cual organizar y discutir tanto la creciente evidencia empírica sobre conductas y capacidades cognitivas de distintas especies de animales, como ciertos desarrollos filosóficos, de cuño naturalista, acerca de las representaciones, la intencionalidad, la racionalidad, el lenguaje, etc. En segundo lugar, debido a su

²⁰ Cf. Gärdenfors, P., *Op. Cit.*, p. 65.

²¹ Dennett, D., *Darwin's Dangerous Idea*, p. 381.

carácter global y articulador, puede resultar también de valor heurístico, sugiriendo nuevos problemas, hipótesis y líneas de investigación, a científicos y filósofos.

Existen, sin embargo, algunos aspectos puntuales de la oposición entre animales gregorianos y animales popperianos que, a mi parecer, merecen ser discutidos con detenimiento. En la estructura que hemos presentado, la diferencia entre estos dos tipos de criaturas es la que separaría a los humanos de nuestros parientes evolutivos más próximos preservando, aún dentro de un marco gradualista, la idea de que nuestra mente posee ciertos rasgos distintivos ausentes en otras especies. Sin embargo, a la hora de subrayar las diferencias que separan a las criaturas popperianas de las gregorianas, nuestros autores suelen apoyarse en una serie de contraposiciones cuestionables, por la visión empobrecida y distorsionada de algunas otras especies de animales no humanos que de ellas se desprende.

Como vimos anteriormente, Gärdenfors afirma que mientras *nosotros*, los animales gregorianos, podemos aprender de otros y enriquecer nuestros propios repertorios cognitivos copiando parte de *sus* mundos internos, los animales popperianos se ven conminados a construir sus repertorios representacionales a partir de la información que cada criatura adquiere por sí misma mediante el entrenamiento, el juego y las experiencias individuales²². Es por ello que, según Dennett "...su comprensión es tan limitada. La nuestra lo sería también, *si tuviéramos que generarlo todo por nosotros mismos*"²³.

A su vez, esta posibilidad de hacer públicos nuestros entornos internos sólo es posible, para ambos autores, debido a que poseemos la más poderosa de las herramientas comunicativas: el lenguaje, que nos permite compartir de manera masiva experiencias, conocimientos, planes u objetivos, representaciones, invenciones, artefactos, etc. Gärdenfors admite que los animales no humanos también poseen sistemas de comunicación basados

²² Como señala Gärdenfors, esta diferencia resulta especialmente ventajosa para las criaturas gregorianas, pues al aprender de otros ya no es necesario que cada individuo realice *todos* los ensayos, ni que cometa *todos* los errores. Al copiar las recetas ajenas ahorramos tiempo y corremos menos riesgos. Cf. Gärdenfors, P., *Op. Cit.*, p. 65.

²³ Dennett, D., *Darwin's Dangerous Idea*, p. 380. Las bastardillas son mías.

en el empleo de signos. Pero señala que los signos constituyen herramientas comunicativas más toscas que las palabras, que sólo permiten hacer referencia a los objetos del entorno inmediato, mientras que las palabras nos permiten referir, en cambio, a nuestro mundo interno: a lo que pensamos, soñamos, construimos o hipotetizamos.

Para decirlo con palabras de Dennett:

Los seres humanos compartimos un mundo subjetivo (y lo sabemos) de un modo *que queda completamente fuera* de las capacidades de cualquier otra criatura del planeta y todo debido a que podemos hablar unos con otros²⁴.

Ahora bien, al menos si se la toma al pie de la letra, esta descripción parece implicar una concepción cartesiana de las mentes no humanas, que son entendidas como mundos *internos y privados e inobservables*, que sólo se tornan *públicos e intersubjetivos* en un momento tardío de la evolución, con la aparición del lenguaje. *Primero* están las mentes particulares de cada animal, construidas a partir de sus experiencias e interacciones solitarias con el entorno. *Luego*, aparece el lenguaje y con él las mentes gregorianas se vuelven públicas y se enriquecen en el contacto con otras mentes²⁵.

Ahora bien, además de las razones que los filósofos de la mente anti-cartesianos han ofrecido para descreer de relatos como éstos, hay evidencia empírica que exige revisar esta caracterización. Indicaré aquí brevemente alguna de ella, focalizándome especialmente en estudios llevados a cabo con primates no humanos.

²⁴ Dennett, D., *Tipos de mentes*, p. 20. Las bastardillas son mías.

²⁵ Cabe distinguir aquí, sin embargo, entre las posiciones explícitas de Dennett y Gärdenfors con respecto a este punto. Siendo un anti-cartesiano rabioso, Dennett difícilmente se comprometería explícitamente con este modo de concebir las mentes animales. Tampoco pretendo aquí atribuirle sin más tal interpretación, pues muchos de los ejemplos y de la evidencia empírica que él mismo cita van en contra de la misma. Sólo estoy señalando la necesidad de matices y de refinamientos para lograr una descripción más adecuada de la evidencia disponible, que no de lugar a malentendidos. La posición de Gärdenfors, en cambio, parece aproximarse al internismo cartesiano, incluso en el modo de caracterizar las mentes y el lenguaje humano. Ver Gärdenfors, P., *Op. Cit.*, p. 145.

En primer lugar, las investigaciones recientes permiten poner en duda que los humanos seamos las únicas criaturas capaces de tener algún conocimiento acerca de los “mundos internos” ajenos. Aunque no hay consenso al respecto, existen hoy distintos estudios experimentales y observaciones etológicas que sugieren que al menos algunos primates no humanos contarían con ciertas habilidades rudimentarias para “leer mentes”. En particular, aunque estos animales no pueden atribuir estados mentales sofisticados, como las creencias o los deseos, sí parecen poseer algunas competencias básicas para detectar y rastrear aspectos de las otras mentes especialmente vinculados al entorno, a los gestos y a la corporeidad ajena. Entre ellos se destacan:

La lectura de emociones: Se incluye aquí la capacidad para detectar en otras criaturas emociones como el miedo, la angustia, la excitación, etc. Distintos estudios sugieren, por ejemplo, que los monos *reshus* y otros primates intentan aliviar o evitar el dolor ajeno. Tales conductas pueden deberse tanto a una forma primitiva de “contagio emocional”, que genera en los primates una sensación de angustia ante el sufrimiento ajeno, como a formas más complejas de empatía, en las que el animal responde al dolor del otro mostrando cierta capacidad para adoptar *su* punto de vista. Contamos al menos con dos tipos de evidencia que sugieren que algunos animales son capaces de auténticas reacciones empáticas: las conductas de “consuelo” en los grandes simios y de “ayuda focalizada” en simios y delfines²⁶. La “lectura de la atención”: Los estudios muestran que ciertos primates—como los gorilas y los chimpancés—son capaces de seguir la dirección de las miradas ajenas buscando el objeto de las mismas²⁷.

²⁶ La práctica del consuelo tiene lugar cuando el espectador de un conflicto agresivo ofrece a uno de los participantes conductas tendientes a aliviar su dolor (por ejemplo: el espectador se acerca al perdedor de la pelea y le rodea suavemente el hombro con su brazo). La “ayuda focalizada”, que se ha observado en simios y delfines, consiste en un comportamiento altruista que se ajusta a las necesidades específicas del otro, incluso en situaciones novedosas. Cf. De Waal, F., *Primates y filósofos*, p. 55.63.

²⁷ Cf. Povinelli, D. J., y Eddy, T. J., “What young chimpanzees know about seeing”, *Monographs of the Society for Research in Child Development*, Vol. 61, No. 2, Serial No. 247, 1996, p.1-152; Tomasello, M. y Call, J., “Do chimpanzees know what others see or only what they are looking at?” en *Rational Animals?*, p. 371.

La “lectura de intenciones en la acción”: Para algunos investigadores, los experimentos recientes con orangutanes y chimpancés muestran que estos primates poseen cierta capacidad básica para diferenciar las acciones intencionales de las no intencionales y para detectar las intenciones que guían algunas conductas (pueden discriminar, por ejemplo, si el investigador tiene o no la intención de alimentarlos). Es preciso señalar que, en todos estos casos, los primates no están atribuyendo intenciones como causas mentales internas, ocultas e inobservables, sino interpretando la conducta manifiesta ajena como una acción guiada por objetivos. Por su vinculación al contexto y a la conducta observable, esta competencia para detectar objetivos o intenciones *en la acción* parece más básica que la atribución de estados intencionales *qua* estados mentales internos²⁸.

Ahora bien, pese a su carácter primitivo, cada una de estas competencias mentalistas parece constituir una vía para conocer las mentes ajenas, aprender de otros, enriquecer nuestros mundos internos y potenciar nuestra cognición haciendo uso de lo que ellos saben. Quien sigue la mirada de otro usualmente logrará descubrir aspectos interesantes del entorno (la presencia de un refugio, de un predador o una presa, etc.) que no tuvo que buscar por sí mismo. Quien detecta emociones, puede enriquecer su mundo interno con información relevante acerca del entorno (el temor y el dolor suelen indicar, por ejemplo, la presencia de algo nocivo o peligroso) y, en los casos de empatía, acerca de la situación específica en la que se encuentra el otro. Quien identifica las intenciones que guían las acciones ajenas sabe algo acerca de lo que el otro pretende hacer, lo cual puede ayudarlo tanto si para coordinar con él conductas cooperativas, como para aventajarlo en una situación competitiva.

Es posible que las competencias mentalistas rudimentarias que se ponen en juego en estos casos no involucren ni una distinción fuerte entre lo interno y lo externo, ni la capacidad para aprehender los estados mentales ajenos *qua* estados representacionales. Creo, sin embargo, que la criatura que cuenta con tales capacidades puede aprender y enriquecer sus

²⁸ Call, J., y Jensen, K., “Chimpanzees may recognize motives and goals but may not reckon on them, *Empathy and Fairness*, Wiley, Chichester Novartis Foundation Symposium 278, 2006, p. 56-70.

capacidades cognitivas a partir de la detección de las emociones, intenciones y estados atencionales ajenos. Al menos en este sentido mínimo, por lo tanto, las vidas mentales de los primates no están aisladas unas de otras, sino que se afectan, se modifican y potencian entre sí a partir de sus interacciones sociales.

Estas consideraciones se refuerzan, además, si reparamos en las frecuentes y variadas formas de comunicación no lingüística que presentan distintas especies de animales. Los monos *vervets* emiten gritos de alarma específicos ante la presencia de distintos predadores para alertar a otros miembros de su grupo. Los chimpancés realizan “gestos de pedido” (*begging gestures*) extendiendo una mano con la palma hacia arriba para conseguir comida. La abeja exploradora que regresa al panal realiza una danza específica, que indica a sus compañeras en qué dirección y a qué distancia se encuentra el polen. Gärdenfors arguye, sin embargo, que estos signos sólo permiten referir a objetos y sucesos del mundo externo inmediato y no a las representaciones internas de quienes los emplean. Tal interpretación puede, sin embargo, discutirse. Consideremos, a modo de ejemplo, el caso de la abeja que retorna al panal. Su danza no refiere a algo presente en el entorno inmediato, sino a un objetivo lejano que ella conoce y sus compañeras ignoran. La comunicación sónica parece permitir, en este caso, transmitir a las demás la información que, hasta el momento, sólo ella tenía representada en su entorno interno²⁹.

De modo análogo a lo que ocurre con las competencias para leer mentes de los animales no humanos, es probable que las criaturas que adquieren información acerca de los estados representacionales de otras mediante el uso de signos, no se percaten explícitamente de que éstas son representaciones internas. Pero esto no implica que no compartan sus representaciones internas potenciando y enriqueciendo, como consecuencia de ello, sus interacciones con el entorno.

²⁹ Este punto se encuentra desarrollado con más detalle y ejemplos adicionales en Danón, L., y Aguilera, M., “El impacto del lenguaje y otras herramientas comunicativas en la coordinación y planificación de conductas”, trabajo inédito presentado en el VII Coloquio Internacional Bariloche de Filosofía: Filosofía y Lenguaje, Bariloche, 20-22 de Septiembre de 2006.

Nada de lo dicho hasta aquí cuestiona la caracterización que autores como Dennett o Gärdenfors ofrecen de la mente humana. No parece demasiado controvertido aceptar que los hombres poseemos un mundo interno y un repertorio de herramientas cognitivas de una complejidad y riqueza únicas y que, en buena medida, éstas parecen depender de nuestra capacidad para comunicar y compartir con otros nuestros conocimientos y destrezas. Sí he intentado mostrar, en cambio, que la diferencia entre las criaturas popperianas y las gregorianas no debe descansar – siquiera implícitamente– en la contraposición entre mentes humanas, públicas y compartidas, vs. mentes animales, entendida como conjuntos de representaciones que cada criatura reúne y articula de modo solitario. La evidencia analizada indica, por el contrario, que los animales no humanos se comunican, aprenden de lo que los otros saben y comparten sus mundos internos, aún cuando lo hagan de modos más limitados.

Querría señalar, por último, una consecuencia relevante de ampliar nuestras perspectivas filosóficas para estudiar no sólo las mentes humanas, sino también los tipos de mente y de cognición presentes en otros animales. Como ocurre con las muñecas rusas, cada nivel de la torre *denettiana* contiene a los anteriores. Los hombres somos productos de la evolución *darwineana*, muchas de nuestras conductas son el resultado de procesos de condicionamiento conductista y, a menudo, decidimos cómo actuar basándonos en simulaciones internas de tipo *popperiano*. No somos sólo las criaturas que hablan y se vuelven reflexivamente sobre los pensamientos propios y ajenos. Somos también los animales popperianos, skinnerianos y darwineanos que se esconden detrás de nuestras herramientas mentales más complejas y tardías. De este modo, estudiar las habilidades conductuales y cognitivas de otros animales contribuye a nuestra comprensión de nosotros mismos, en la medida en que, al menos en algunos aspectos, nosotros también somos *esos* animales.